El hombre y su incógnita

Escribe: EDMUNDO PEREZ GARCES, S. I.

Cuántas incógnitas, cuántos anhelos recónditos, oculta esta sola palabra: Hombre! Hoy, como hace dos mil años, una vez que el hombre tiene conciencia de su realidad, alimenta un anhelo insaciable: la felicidad! Quisiera regar con ella los instantes fugaces que se resbalan caprichosos entre sus dedos.

Felicidad, paz, tranquilidad... Todos vamos jadeantes por el mundo, con los ojos desorbitados, extendidas las manos sudorosas, en nuestro afán por adquirir toda la felicidad posible. Pero acaba la vida y... ¿qué es el hombre? Una lágrima temblando entre dos abismos: el abismo de la cuna y el abismo del sepulcro. Quisiéramos hacer de esa lágrima una sonrisa entre dos misterios: no siempre lo conseguimos.

Hombre, felicidad, vida. Para muchos, estas tres palabras aprisionan tres fracasos. Para otros, son tres venas que destilan plenitud en la existencia. Las perspectivas varían con los puntos de vista. Son las dos grandes ramas de la humanidad: los desgraciados y los felices.

Para los primeros vivir es el tormento superior; preferirían morir a seguir viviendo. Buscan la felicidad en las cosas de la tierra y al no encontrarla, prefieren dejar de ser. Paradójico, pero real: Odian la vida!

Para los otros su felicidad es vivir. No encuentran la felicidad en sí, pero al menos algunos destellos orientan sus pasos hacia un más allá. Aman la vida, porque cada segundo lleva en potencia gramos de felicidad eterna. La felicidad que se sospecha en la tierra, se disfruta con plenitud en la eternidad.

"Señor: hiciste nuestro corazón para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti" (San Agustín).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Dios, es la clave del misterio en este trinomio angustioso: hombre, felicidad, vida.

Horacio, el gran poeta latino, profeta de los sentimientos de la humanidad, se debatió en la fosa del paganismo entre el "terrible misterio del nacer y del morir" (1). Sin saber para qué vivía, su mal, como el de Porfirio Barba Jacob —poeta contemporáneo, pero alejados de Dios—

"...es ir a tientas con alma enardecida,
ciego, sin lazarillo bajo el azul de enero;" (2).

Horacio quiso dar una explicación al misterio del hombre que, con la angustia tatuada en el rostro, le pregunta:

"Qué ha de hacer el que ignora el destino,
la razón de su pan y su vino,
y la clave de oscuro avatar?" (3),

y no pudo más que ahogarse en la crueldad de su incertidumbre personal, carente del sentido trascendental de la existencia humana. Epicúreo refinado, estoico equilibrado, sentía muy dentro del alma la incógnita del más allá, del por qué del presente, del para qué del pasado...

En Horacio su desconcierto es explicable: carecía del sentido cristiano. Pero, en un poeta cristiano, un poeta del siglo XX, imbuído en una civilización en donde el cristianismo ha surcado con sus enseñanzas las estructuras humanas, dando a los hombres el sentido supremo de la vida, cuesta trabajo descifrar las actitudes de su posición a espaldas de Dios.

Son versos de Porfirio Barba Jacob:

"mi pena, estar a solas, errante *en el sendero:*
Y el peor de mis males, no comprender la vida" (4).

"Espíritu errante", desprecia concientemente la certidumbre de una vida futura, que palpita en la conciencia de todos los hombres, aunque se esfuercen por acallar sus latidos:

"Mi mal es ir a ciegas...
Y venir sin saberlo, *tal vez de algún oriente...*
y en ansias de la cumbre que dora un sol fulgente
ir con fatales pasos hacia el fatal abismo" (5).

---

(1) La canción ligera. (Porfirio Barba Jacob).
(2) Antorchas contra el viento. (P. B. J.).
(3) La vieja canción. (P. B. J.).
(4) Antorchas contra el viento. (P. B. J.).
(5) (Idem).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

"Venir sin saberlo..."; ignorar en su espejismo el principio de su existencia, cuando una voz interior le murmura en todos los tonos su procedencia divina...

Busquemos una explicación a su incógnita. ¿No habrá querido encontrar la felicidad completa, total, sobre el barro, y su reacción no será la resultante de su insatisfacción profunda ante el oropel de la dicha terrena? La vida no brinda a estos hombres cuanto su corazón reclama, porque no puede darlo; entonces su mirada, empolvada por el pecado, se extiende sobre el abismo del sepulcro; sus entrañas se convulsionan ante un presentimiento fatal; sus ojos se cierran herméticamente, sin que un solo rayo de esperanza desgarre su obsecación:

"*Inútil es seguir; ruda la carga;*
de la existencia humana solo brota
honda tristeza, pertinaz y amarga
cual del laúd la nota.
No alumbra en el futuro luz de aurora...
Ay, y el amor y la amistad, mentiras!
Como brumas vacilan las ideas,
solo tristeza y desaliento inspiras
vida!, Maldita seas! (6).

En medio de esta continua ansiedad humana, hay una tendencia a escapar de lo doloroso de la vida real. Es una solución transitoria, clásica entre los paganos. Horacio encarna este principio de solución temporal en una palabra latina plena de significado: es la palabra "o t i u m" que traducimos por t r a n q u i l i d a d, p a z, s o s i e g o, etc. Es el resultado de la "aurea mediocritas" —áurea mediocridad— representativa de toda una filosofía greco-latina. Es un anhelo universal, "algo al menos", un sustituto a la felicidad imposible en la tierra. Todos la buscan:

"Tranquilidad *pide a los dioses el marinero engolfado en el espacioso Egeo,*
Paz *la Tracia enfurecida en guerras,*
Descanso *los medos de gloriosa aljaba,*
Sosiego *que no se compra con perlas, con púrpura ni con oro...*" (7).

(6) Cansada el alma llevo. (José Asunción Silva).

(7) "Otium Divos rogat in patenti prensus Aegaeo...
Otium bello furiosa Thrace,
Otium Medi pharetra decori,
Grosphe, non gemmis, neque purpura venale, nec auro" (Od. II, XVI).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Pero, con todo, hay momentos ineludibles. Momentos de desesperación y de tormenta interior que no pueden ser sosegados por el Otium. Aquellos en que

"negras nubes esconden la luna,
y ni siquiera brillan en los cielos los luceros..." (8).

Entonces entra en juego el criterio personal de cada hombre. Son momentos dolorosos de heroica resignación cristiana, o momentos blasfemos, incomprensibles a los ojos inyectados en sangre del desesperado:

el alma gime entonces *bajo el dolor del mundo,*
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar" (9).

Qué terrible la mirada al cielo, el recuerdo de Dios, cuando se busca en ellos la paz sin la fe, sin la esperanza! El hombre no encuentra otra solución que seguir en su ansiedad inundada de pesismismo. Vuelve de nuevo su vista al dinero, a los placeres, y la vida repite, sarcástica, su lección: la paz de los mortales, no se plasma con becerros de oro, ni la felicidad se obtiene con los placeres. *Hay que salir de nosotros mismos.* Abandonar nuestro "yo" marcado con la señal del pecado, para conseguir el contacto con la tranquilidad, con el verdadero descanso en esta vida, *la paz de la conciencia.* Esto lo logran los cristianos que llevan a la práctica los recursos del cristianismo. Pero los paganos, o los ateos que se empeñan en incrustar la cabeza en ellos mismos, siguen siendo esclavos de sí mismos; llevan a cuestas la miseria de su propio ser:

"Consigo mismo en bárbara pelea
está viendo a través de su idealismo
la luz del infinito que desea,
pero esa luz la ve desde un abismo;
por salir de él en vano forcejea,
que no puede salirse de sí mismo". (10).

Solamente así el "o t i u m" horaciano se trocará en la paz de Dios, engendradora del *o t i u m a e t e r n u m* (descanso eterno), en compañía del único ser que puede saciar nuestras ansias

(8) "...simul atra nubes
condidit lunam, neque certa fulgent sidera nautis;" (Od. II, XVI).

(9) Canción de la vida profunda. (P. B. J.).

(10) La aspiración y la impotencia. (Fernando de la Vera e Isla).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

infinitas de felicidad. Incluso en este mundo, la fe, la esperanza, el amor, irradian las albricias de la felicidad futura: Dios está con nosotros!

No podemos morir aún; y si hemos de vivir, hagámoslo dignamente. Mientras llegue el momento feliz de la muerte, —hablo en términos cristianos—, busquemos la paz en lo sencillo, en lo humilde de las cosas: contienen secretos de eternidad!

"Qué descansada vida la del que huye
el mundanal ruido, *y sigue la escondida senda,*
por donde han ido los pocos sabios
que en el mundo han sido!" (11).

La paz de la naturaleza; la paz de las cosas bellas: la paz de Dios! Su contacto es refrigerio para nuestro espíritu, hambriento de sosiego interior. De o t i u m:

"*Llego aquí como ayer* sencillamente;
y en medio de los campos
abandono mi cuerpo
sobre la hierba fácil.

Ni voces que interrumpan la secreta
comunión de la vida;
ni libros imponentes
ni excesos de palabras.

Dulce cielo otoñal sobre las calles;
el agua limpia, el césped, la inefable
sencillez de las cosas;
y yo sin ligaduras,
buscando el rumbo cierto
a la sombra de Dios que me sustenta.

Y la emoción que me darán los hálitos
del bosque, santamente,
y el éxtasis divino del silencio
debajo de los árboles...

La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas"; (12).

Horacio por su parte, sintió también lo indescifrable de ese sosiego que comunican las cosas bellas de la naturaleza, creadas

(11) La vida retirada. (Fray Luis de León).

(12) Virtud interior. (Porfirio Barba Jacob).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

por Dios para serenar el espíritu atormentado de los hombres de los tiempos. Su expresión latina es inmejorable. Intentemos una traducción:

"...o bien, te deleites los días de fiesta
reclinado en la apartada hierba...
allí donde un grandioso pino y un plateado álamo
gustan de tejer con sus ramas una apacible sombra
hospitalaria, y donde el riachuelo fugitivo se esfuerza
en resbalar por el tortuoso cauce..." (13).

"Oh monte, oh fuente, oh río. Oh secreto seguro deleitoso..."

exclamó Fray Luis.

Demos un paso más: Para qué ambicionar aquello que, una vez poseído, solo ocasiona zozobras y acrecienta la ambición, robando la paz del corazón? Mientras tengamos con qué vivir, mantengamos "alegre el ánimo con lo que se posee en el presente". (14). Otro elemento valiosísimo de "felicidad" en este mundo consiste en conservar siempre una gran igualdad de alma, no olvidando jamás la realidad de la muerte:

"Acuérdate de guardar la igualdad de ánimo
en las cosas adversas, y cuídate de la excesiva
alegría en la prosperidad, oh Delio, Delio,
que tienes que morir..." (15).

Mezclemos de nuevo las dos mentalidades, pagana y cristiana, para urdir la trama de nuestra posición ante la muerte; el "tener que morir" queda vibrando al final de la última estrofa con acentos lúgubres. Para Horacio, el tiempo se ha de aprovechar al máximo, porque la vida se extingue, sencillamente. Para nosotros, aprovechar el tiempo, significa ir cosechando granos de oro, para la eternidad.

"Aprovecha el día...; mientras hablamos huye
el envidioso tiempo..." (16).

"Coge la flor que hoy nace alegre, ufana;
quién sabe si otra nacerá mañana?" (17).

---

(13) "...seu te in remoto gramine per dies
festos reclinatum bearis,...
quo pinus ingens, albaque populus
umbram hospitalem consociare amant
ramis, et obliquo laborat
lympha fugax trepidare rivo..." (Od. II, III).

(14) "Laetus in praesens animus..." (Od. I, XVI)

(15) "Aequam memento rebus in arduis/ servare mentem, non secus in bonis/ ab insolenti temperatam/ laetitia, moriture Delli;" (Od. II, 3).

(16) "Carpe diem... Dum loquimur, fugerit invida aetas..." (Od. I, XI).

(17) Góngora.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Según esto, para qué llenar de sueños terrenos el futuro, sin saber qué tiempo nos resta de vida: "haz lo que haces", que no hay mayor virtud que la de "hacer sencillamente lo que tenemos que hacer".

Aprovecha este día, y no seas demasiado crédula
(oh alma) para con el día de mañana". (18).

"*A cada día le baste su propia malicia*" (19).

Ni siquiera debe importarnos el tiempo que dure nuestra vida. Se trata de hacer lo que Dios quiere, nada más. También lo dijo Horacio en su Oda a Leucónoe:

"*No quieras saber (que el saberlo nos está prohibido)*
qué tiempo nos señalaron a ti y a mí los dioses..." (20).

A nosotros solo nos queda hacer la voluntad, no ya de los "dioses" paganos, sino la voluntad amorosa de Dios. Dentro de la mentalidad antigua:

"*Cuánto mejor es sufrir lo que viniere*", (21).

que desear lo que quizá no llegue a ser jamás. Esta posición marcadamente estoica se manifiesta con mayor claridad ante lo irreparable:

"*Duro, pero la paciencia suaviza*
aquello, que remediar es imposible..." (22).

No brilla la resignación, la conformidad cristiana tan plena de sentido. Peor es la posición del incrédulo, de espaldas al Dios que conoce, que necesita. Su sentimiento se traduce en frases calcinantes por el tono casi infernal de su desespero:

"*...por qué no salió una serpiente que...*
me hubiera liberado del horror de la vida?
Más valiera no ser a este vivir de llanto,
a este amasar con lágrimas el pan de nuestro canto,
del alma ebria de luz y enferma de infinito" (23).

"Enferma de infinito...", qué definición! Es la triste realidad de las almas que no quieren aceptar su destino eterno, ni su dependencia divina.

---

(18) "Carpe diem, quam minimum credula postero". (Od. I. XI).

(19) Mt. 6, 34.

(20) "Tu ne quaesieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi
finem Di dederit, Leuconoe;" (Od. I, XI).

(21) "...ut melius, quiquid erit, pati!" (Od. I. XI).

(22) "Durum, sed levius fit patientia
quiquid corrigere est nefas..." (Od. I, XXIV).

(23) Lo tardío. (Megardo Angel Silva).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

La luz de la fe, el calor del amor, se cruzan para formar la cruz a cuyos rayos cobran valor y significado, la vida, el dolor, el sufrimiento; leamos los versos de un poeta cristiano, plenos de aroma sobrenatural:

"Esta insomne ansiedad que me atormenta,
esta angustia febril que me devora,
este pan de dolor que me sustenta,
y este añorar lo que al morir se añora,

no son, no pueden ser, sino la lenta
mutación de mi noche por mi aurora.
Tras de la oscuridad y la tormenta
el sol revive y el jardín se enflora;

y es porque lleno de bondad quisiste
oh Dios, que fuera mi existencia triste
crisálida *infeliz, de opaco invierno,*

para hacerme después con mano maga
mariposa inmortal, *a la que embriaga*
tu propia esencia en el pensil eterno" (24).

Volvamos al contraste. La luz y la sombra son indispensables para captar las diferencias. Para elegir sistemas de vida. Para orientar la existencia, en uno u otro sentido... Qué es para un hombre alejado de Dios, cuyas obras están desprovistas de trascendencia, su paso por la vida? Placeres, riquezas, amores, todo lo humano, —si no tiene el sello de lo sobrenatural—, no deja más huella sobre la tierra que el rastro de las gaviotas sobre las olas del mar. No queremos pensar en lo peor: puede ser el precio de la perdición eterna! Repitamos la pregunta: ¿qué es la vida para un hombre situado a la orilla de Dios? ¿Cuál será su rastro sobre la tierra?

"Mi nombre? Tengo muchos; canción, locura, anhelo.
Mi acción? Ví un ave hender la tarde, hender el cielo...
Busqué su huella y sonreí llorando,
y el tiempo fue mis ímpetus domando.

La síntesis? No se supo: *un día fecundaré la era*
donde me sembrarán. Don Nadie. *Un hombre. Un loco.* Nada.

Una sombra *inquietante y pasajera.*
Un odio. Un grito. Nada. Nada.

Oh desprecio!, oh rencor!, oh furia!, oh rabia!
La vida está de soles diademada..." (25).

(24) La crisálida. (Nicolás Bayona Posada).

(25) El espejo. (Porfirio Barba Jacob).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Pobres humanos. . . ! Si la vida carece de sentido, bien pueden maldecirla con el alma marchita. Para nada sirve! Pero si "la vida está de soles —inmortales— diademada", no hay por qué desesperar.

"No es crimen el dolor! Es como el fuego
que purifica en el crisol el oro;
por el dolor alzarse hasta la gloria. . .
Esta es la eterna ley de nuestra raza,
este el destino irrevocable y justo. . ." (26).

El pecado, los placeres, en donde los hombres piensan hallar el "ábrete, sésamo" de la felicidad está condenado de antemano:

"por el placer bajar hasta el abismo. . ." (27).

Dios vino a la tierra para ser la luz del mundo, la vida, en el sentido más total de la palabra. Vino para ser camino, pues vino como palabra para ser la verdad. El mismo sufrió hasta el extremo de la cruz. El mismo dejó caer la semilla en suelo fértil, mientras repetía: "si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, permanece solo. Pero si muere germinará y dará mucho fruto", (28); "todos los días morir", —Quotidie morior—, dirá San Pablo (29). Nunca pensaron los paganos en ser "crisálida infeliz", que luego, al soplo omnipotente de Dios se habría de convertir en "mariposa inmortal".

El desarrollo de esta problemática humana nos sitúa, por último, ante el problema más trascendental, quizás: la muerte! Es interesante analizar la concepción antigua ante la dura *"necesidad"* (30) de la muerte. Para Horacio, nuestro poeta de turno, la muerte es, en definitiva, el último ensayo de solución: Por lo menos es común a todos los hombres. Gracias a esto, iguala a los mortales en una suerte común:

". . .mas la necesidad, con una ley igual
sortea a los poderosos y a los miserables,
y su urna, donde todos caben, remueve
todos los nombres. . ." (31).

---

(26) El dolor. (José Joaquín Ortiz).
(27) (Idem).
(28) Jn. 12, 24.
(29) I Cor. 15, 31.
(30) (Od. III, 1) (Od. I, 3).
(31) ". . .aequa lege Necessitas
sortitur insignes, et imnos:
omne capax movet urna nomen". (III, 1).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

"La pálida muerte llama con igual pie
a las chozas de los pobres y a los
alcázares de los reyes..." (32).

Ricos y pobres, jóvenes y ancianos, todos sin distinción han de embarcarse hacia la otra orilla, tarde o temprano:

"...y la tardía —en otras ocasiones— necesidad
de la muerte, aceleró el paso" (33).

"...una misma eterna noche nos aguarda a todos
y una sola vez hemos de pisar la senda de la muerte" (34).

"...los funerales de los jóvenes y los viejos se atropellan
y confunden, y no hay cabeza que se salve de la cruel Proserpina" (35).

La muerte, la realidad más cierta de nuestra historia transitoria. Todo es vanidad, mentira, apariencia; la realidad última, la muerte, ha de iluminar las acciones de la vida porque llegará... El hombre que hoy, seguro de sí mismo, de su salud, de su dinero, de su posición, se atreve a exclamar con el alma llena de orgullo: "mi hora no ha llegado todavía" (36), tendrá que reconocer, aunque tan solo sea en la profundidad más íntima de su alma:

"Y ha de venir, *sin que mis oros valgan,*
mi amor esplenda ni mi gloria brille,
pálido espectro que pondrá en mi carne
sudor de angustia y mortecinos tintes" (37).

"Vanidad! Vanidad! Mísera suerte
de todo humano bien! Gloria, riqueza,
poder, talento, juventud, belleza...
Qué hay seguro en la vida, qué? La muerte!

* * *

Una vida tras otra! Horrenda suerte!
Perdurable agonía!
En pos de las tinieblas de la muerte
surge el lívido albor de un nuevo día!
Eterno, inexcusable cataclismo!
Tras un abismo, un monte!...
Tras un monte, un abismo!...

---

(32) "...Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas, regumque turres..." (Od. I, 4).
(33) "...semotique prius tarda Necessitas lethi corripuit gradum..." (Od. I, 3).
(34) "...sed omnes una manet nox, et calcanda semel via lethi". (Od. I, 28).
(35) "...Mixta senum, ac iuvenum densantur funera: nullum saeva caput Proserpina fugit..." (Od. I, 28).
(36) La hora suprema. (Porfirio Barba Jacob).
(37) Idem.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Y un horizonte en pos de otro horizonte!
Y otro! ...y otro después! ...siempre lo mismo!
Funesto aborto del sepulcro inerte,
cada breve existencia consumida
termina con las congojas de otra muerte,
—germen de los tormentos de otra vida!
. . . . . .
Así, en lucha jamás interrumpida,
la muerte se alimenta de la vida,
la vida se alimenta de la muerte,
y —oh pavoroso arcano—
el ser humano en polvo se convierte,
y el polvo se convierte en ser humano". (38).

Y después de la muerte qué será del hombre? No habrá otra solución "cuando el libro concluye, cuando el sueño falaz se diluye, cuando muere la luz del hogar", que "suspirar, suspirar, suspirar"? (39).

No podemos olvidar el significado cristiano de la vida y la transición sublime de esta vida mortal a la eterna por medio de la muerte. Deberíamos anhelar el momento definitivo, en el cual "la hermana muerte" nos entregue en manos de Dios:

"*Ay, qué larga es esta vida!*
Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero
. . . . . .
Aquella vida de arriba
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte, no seas esquiva;" (40).

"*Sácame de aquesta muerte,*
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero". (41).

(38) Ultra (Federico Balart).

(39) La vieja Canción (Porfirio. Barba Jacob).

(40) Aspiraciones de Vida Eterna. (Sta. Teresa de Jesús).

(41) Coplas del alma que pena por ver a Dios. (San Juan de la Cruz).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

En último término nos queda ofrecer, generosos, nuestra vida a Dios, para que El haga de nosotros lo que sueña, mientras nos llama a su compañía eterna. Preferible que rompa en astillas nuestra vida, para luego integrarla a su imagen espiritual más perfecta, que ir por la vida maldiciendo; agradecer al Señor la existencia; el saber de dónde venimos, para qué y por qué vivimos, y para dónde vamos.

No tenemos por qué envidiar a un árbol caído, a una piedra yerta, ni por qué temer el futuro, como Rubén Darío en uno de sus momentos de ceguera interior y poética:

"Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo;
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber a dónde vamos,
ni de dónde venimos". (42).

Preferible ofrecer nuestra vida al Señor para que haga de ella lo que quiera! Así, bruscamente, aunque sea. O también, suavizar nuestra entrega con una donación total, por amor:

"Señor, tú que hiciste lo bello y lo bueno,
lo puro y sencillo, toma, me devuelvo,
por si acaso quieres hacerme otra vez". (43).

Y estar dispuestos para partir algún día, con las manos llenas de tesoros de vida eterna. Listos a atrapar con nuestras manos sudorosas el *otium aeternum:*

"Señor, hoy o mañana... el barco está ya listo
y solo espera tu orden para poder zarpar;

Señor, cuando tú quieras agitaré el pañuelo
a los que deja el barco sobre la playa negra
del mar y del dolor". (44).

---

(42) Lo fatal. (Rubén Darío).

(43) Rodolfo De Roux, S. I.

(44) Sicut Navis. (Ricardo Nieto).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Acabemos con las palabras de santa Teresa, clave de muchas angustias humanas. Clave que los paganos, con Horacio entre ellos, apenas lograron vislumbrar en el nivel meramente humano con su resignación estoica, sin una chispa de fe, de esperanza o de amor:

"Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
solo Dios basta!". (45).

(45) Santa Teresa de Jesús.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.